

DEL TESTIMONIO CIENTÍFICO A LA NARRACIÓN LITERARIA: EL DIARIO DE EXPEDICIÓN DE LUIS DE LA CRUZ (1806)

*Carolina Depetris**

RESUMEN: En el presente artículo se analiza la relación entre discurso científico y narración literaria a partir de un diario de expedición escrito en 1806 por el chileno Luis de la Cruz que registra un viaje realizado entre Chile y Buenos Aires. El objetivo es estudiar cómo, a través de la inserción de índices propios de la narración literaria, se activa la transgresión epistemológica de un testimonio científico.

PALABRAS CLAVE: Diario de expedición, Discurso científico, Narración literaria, Chile, Argentina.

ABSTRACT: This article deals with the analysis of the relationship established between scientific discourse and literary account. It has been carried out from a diary of an expedition written in 1806 by Luis de la Cruz, a Chilean politician, who recorded the events occurred during his journey from Chile to Buenos Aires. The aim of this paper is to study how the epistemologic transgression of a scientific testimony is activated by the insertion of elements which are particular to literary narrative.

KEY WORDS: Journal, Description, Narrative, Scientific testimony, Literary account, Chile, Argentina.

Los españoles llegan a las costas meridionales de América en 1520 y logran en apenas un siglo explorar las principales rutas del Nuevo Mundo. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, la situación imperial de España en América comienza a complicarse seriamente con el triunfo de Inglaterra en la Guerra de los Siete Años. La presencia inglesa, francesa, rusa y holandesa en las colonias americanas amenaza cada vez más la integridad del Imperio español, que reacciona enviando al nuevo continente numerosas expediciones militares y científicas. En este repliegue defensivo resulta fundamental la tarea de definir la frontera colonial

* Unidad Académica de Ciencias Sociales y Humanidades de la UNAM, Mérida.
(depetris@humanidades.unam.mx).

del imperio, y de hacerlo con espíritu positivo, limpiando a la geografía americana de los vestigios fabulosos arraigados desde las primeras crónicas. En el caso de la Pampa y Patagonia argentinas, los monarcas borbones impulsaron numerosos viajes de exploración, constantes desde la segunda mitad del siglo XVIII, para determinar la potencia comercial de la región y, en caso de ser provechosa, promover la ocupación política de la zona.¹ De estos viajes debía quedar un registro minucioso asentado en diarios y descripciones que dieran al monarca (a través de su representante político) exacta cuenta de lo observado. Estos escritos, emparentados con las relaciones geográficas de Indias escritas en la segunda mitad del siglo XVI, constituyen un esfuerzo científico notable por perfilar cartográficamente una región, por definir, en definitiva, una geografía. Como canales de conocimiento, activamente partícipes en un proceso de aprehensión y transmisión de noticias de un lugar, estos testimonios responden a reglas muy estrictas de funcionamiento epistemológico y discursivo: básicamente, mediante la descripción, deben registrar objetivamente e imparcialmente la observación realizada sobre una geografía con el fin ulterior de generar una evidencia, un saber cierto e indubitable sobre ella.² De estas “cartografías escritas”, Pedro de Ángelis, historiador oficial del régimen de Juan Manuel de Rosas, realizó una valiosa compilación en los seis volúmenes de la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*.³ Entre éstas, existe un extenso diario anotado en 1806 por un político de Chile, don Luis de la Cruz. Este escrito, que lleva por título “Viaje a

¹ Véase Pedro Navarro Floria, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, pp. 33 y ss.

² En un trabajo anterior hemos explicado con detalle la funcionalidad epistemológica y discursiva de estos escritos. Véase Carolina Depetris, “Morfología y poética de los diarios de expedición a la Pampa y Patagonia argentinas (1745–1826),” *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, núm. 29.2, invierno 2005, pp. 397–412.

³ Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*, VI vols., Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835 – 1837.

su costa, del alcalde provisional del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, D. Luis de la Cruz, desde el Fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires”,⁴ resulta de sumo interés porque recurre a la episteme de lo que podríamos denominar “diarios científicamente correctos”, pero no respeta, en la práctica, las normas cognitivas y discursivas de este tipo de testimonio. Esta falsía es discutida en otro documento recogido por de Ángelis, “Examen crítico del Diario de D. Luis de la Cruz por una comisión del consulado de Buenos Aires y con la defensa del autor”,⁵ donde Luis de la Cruz discute sobre la validez cognitiva de su diario con una comisión científica de Buenos Aires. Apelando al principio epistémico de la fidelidad especular en la observación, los comisionados objetan a Cruz no proporcionar en su diario un saber fiable.⁶ A esta impugnación, Cruz replica con una afirmación de enorme incidencia: “el espejo –dice– es una hermosa invención del arte, en que se ve el objeto que se le presenta: pero con mayor, igual o menor perfección que la que tiene, según la más o menos claridad de la luna”.⁷ Cruz sugiere, con esta aseveración, que los diarios de expedición no pueden expresar realidades geográficas ciertas, sino “posibles”. Tres indicios encontramos en el diario de Cruz que sustentan esta probabilidad: la conciencia del acontecimiento del viaje, la aparición de un narrador-personaje en la voz del diarista, y la utilización cada vez mayor de diálogos transcritos. El objeto de este trabajo es analizar cómo estos tres factores, mayormente ausentes en los testimonios de viaje epistemológicamente adecuados a finales del siglo XVIII y principios del XIX permiten que el diario de Luis de la Cruz se distancie de una estricta motivación científica para acercarse a la narración literaria.

⁴ Cruz en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, pp. 4 - 212.

⁵ En *ibid.*, vol. VI, pp. 3 - 21.

⁶ *Ibid.*, p. 4.

⁷ *Ibid.*, p. 10.

EL ACONTECIMIENTO DEL VIAJE

En un diario de expedición se registra cronológicamente la observación de un entorno geográfico llevada a cabo en el transcurso de un viaje. Este apunte se realiza conforme a dos tiempos básicos: se utiliza el pretérito indefinido para aludir a la marcha que supone todo derrotero, y el presente del indicativo para referir lo que se ve durante la marcha. En la anotación de lo observado opera, sin embargo, una doble transcripción, ya que el diarista anota lo que observa mientras lo observa, y transcribe sus apuntes de manera más organizada después. De esta manera, en el diario quedan asentados datos geográficos que han sido vistos, pero se los expone en la inmediatez del presente. Este artificio retórico permite reforzar la potencia assertiva de lo percibido y anular, en contraparte, cualquier posible consecuencia derivada de un relato en pasado. Ocurre así que, en los diarios sujetos a reglas científicas precisas, si bien existe una escritura cronológica de lo que se ve, no opera realmente una sucesión temporal en lo que se escribe, de lo que resulta que el acento no está puesto en destacar el acontecimiento del viaje en el enunciado, sino en comprobar la patencia de lo que se observa con el fin de generar la ilusión de que lo que se lee “es” presente. Es precisamente en esta cualidad afirmativa del presente donde reside la condición cartográfica de todo diario científicamente eficaz, ya que éste debe, en efecto, operar como un mapa: dar a conocer una geografía de forma clara y evidente a alguien que no la conoce directamente. La fiabilidad de este conocimiento depende de la potencia mimética del *representamen* que obedece, a su vez, a la sujeción de la observación a un paradigma científico realista de objetividad e imparcialidad.⁸ La cláusula epistémica que define esta ru-

⁸ Existe en de Ángelis, *op. cit.*, vol. v, pp. 122-127, un interesante documento que da cuenta del funcionamiento de los diarios cartográficos. Se trata del “Informe del Vílrey Vértiz para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica”. En este informe, Vértiz sustenta la decisión de abandonar las poblaciones patagónicas en “las noticias e informes de varios sujetos imparciales que habían examinado aquellos terrenos” (p. 122).

tina cognitiva, y que ya opera desde los primeros testimonios de viaje a América, es “ver por vista de ojos”.⁹

Al asentar lo que se observa en el transcurso de un viaje, estos escritos están necesariamente conformados en torno a dos modos discursivos: utilizan la narración para dar cuenta del acontecimiento del viaje, y la descripción para referir lo que se observa en dicho viaje. Para ser fiable, un diario debe destacar la segunda y aplazar siempre su capacidad narrativa. La poética de estos escritos exige la suspensión de la cadena sintagmática de la *narratio* para ofrecer una idea clara e indubitable de lo observado, para generar una “visión”, una “evidencia”. La gestación de una evidencia, éxito epistémico del diario, sólo puede ocurrir a través de la funcionalidad retórica de la descripción que es ofrecer, según la retórica clásica, una imagen que haga presente “la cosa” a los oyentes.¹⁰ Todo avance hacia lo incierto que supone un derrotero y que reforzaría la capacidad narrativa de estos escritos, queda debidamente relegado a través de la funcionalidad retórica de una descripción sustentada, a su vez, en el uso gramatical del presente del indicativo.

Ahora bien, el día 7 de mayo de 1806, Luis de la Cruz escribe en su diario:

Cualquier ponderación que se haga de estos terrenos y montes, por los objetos distintos y desconocidos que a cada paso presenta la naturaleza, es muy corta: pues para describir de algún modo útil a la inteligencia, ni debía venir de marcha, y con los distintos cuidados que me rodean.¹¹

Esta anotación encierra una primera diferencia con la epistemología de los diarios de expedición, ya que sugiere que la descripción

⁹ En América Meridional, testimonios de la expedición de Magallanes como el *Libro que trata del descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, de Ginés de Mafra o *Primer viaje alrededor del mundo*, de Antonio Pigafetta, dan cuenta de esta expresión.

¹⁰ Para una definición de la funcionalidad retórica de la descripción en la retórica clásica véase Quintiliano, *Instituciones oratorias*, IV. 2 y VIII. 3.

¹¹ Cruz en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, pp. 81 y s.

topográfica es impedida por los avatares de la excursión. Parece, entonces, que la descripción de la geografía y el suceso del viaje constituyen para Cruz dos opciones excluyentes, opciones que incitan, implícitamente, al diarista a decidir qué principio cognitivo y qué modo discursivo asumirá en su testimonio escrito. Ante la disyuntiva, la afirmación de Cruz indica que su diario se aleja de la demanda retórica de la descripción para ajustarse a la lógica de “la marcha”, giro que traerá enormes consecuencias para el funcionamiento cognitivo estricto de su testimonio. Veamos esto con detalle.

Para empezar, la marcha denota una dirección, un “ir hacia”, un desplazamiento desde un punto a otro, un traslado. La marcha se define, entonces, por ser una acción sucesiva y, como tal, en ella opera una lógica temporal (antes/después), espacial (aquí/allí) y consecutiva (causa/efecto). Discursivamente, el diarista no describe ya una visión o suma de visiones, sino un proceso que comporta determinadas transformaciones definidas a partir de una situación inaugural, comenzando por la evidencia mayor de iniciar la marcha con dirección teleológica precisa: el viaje de Cruz tiene como objetivo trazar una ruta comercial entre Concepción, en Chile, y Buenos Aires, puntos extremos de comienzo y fin del proceso, del “ir hacia” de su marcha. Entre el principio y el término del viaje, Cruz no se detiene a apuntar los accidentes topográficos encontrados, sino en el desarrollo de una serie de acontecimientos o núcleos de sucesos generados o vividos por actores que son conectados entre sí por el diarista y según un orden tendiente a vincular los puntos extremos (principio-fin) a través de una trama determinada y en dirección a un sentido o historia.¹² Comienza a operar una diferencia notoria entre enunciados como “árboles no hay en todos los contornos”, o “la vega está rodeada de médanos que forman cerrillos”, y “puedo confesar que

¹² Tal como sostiene Gérard Genette “desde el momento en que hay un acto o suceso, aunque sea único, hay una historia, porque hay una transformación, el paso de un estado anterior a un estado posterior y resultante”. *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 16.

mi espíritu jamás ardió en tanta cólera como cuando oí expresiones tan picantes, y de boca de una figurilla tan ridícula y fea, que podría llamarle monstruo hecho”.¹³ En el primero ocurre lo que Ricoeur refiere como “la puesta entre paréntesis de las propias pasiones” del diarista o *epoché*,¹⁴ en tanto que en el segundo ya no se trata de un mero enunciado, sino de un enunciado “producido” por alguien. El diario deja así de ser un registro cartográfico de una realidad extratextual para ser el relato de una historia desarrollada a través de la lógica de “los pasos que doy”, como sostiene Cruz.¹⁵ Opera aquí, entonces, una primera traslación de la importancia puesta en el enunciado hacia la actividad de enunciación. Si estos escritos eran, hasta entonces, un “significante”, la consideración del suceso de viaje en sí mismo desplaza el discurso ahora hacia la narración entendida como acto narrativo productor y como la situación real o ficticia en que éste se produce. De este modo, frente a la estricta función referencial que demanda un diario típico, el “Viaje a su costa” comienza a centrarse en su función poética: el relato se colma de detalles y acontecimientos inútiles para su funcionamiento epistemológico, pero imprescindibles para la generación de un determinado argumento narrativo sujeto a una determinada expectativa. Por ejemplo, Cruz menciona en su escrito los sueños premonitorios de las hechiceras de la tribu del cacique Carripilun, quien acompaña a Cruz en el viaje, según los cuales, el cacique morirá si entra en Buenos Aires. Científicamente el dato es irrelevante, pero narrativamente el motivo es fundamental para generar expectativa en la historia que Cruz narra: ¿sobrevivirá Carripilun su viaje a Buenos Aires o morirá al entrar en la ciudad? Este tipo de detalles son los que desplazan la funcionalidad cartográfica del diario y acentúan, en contraparte, el valor narrativo del acontecimiento del viaje.

¹³ Cruz en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, pp. 45, 127, 166.

¹⁴ Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós/ICE Universidad Autónoma de Barcelona, 1999, p. 154.

¹⁵ Cruz en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, p. 124.

Segundo, la marcha está sujeta a una serie de imponderables o posibles (“los cuidados que me rodean”, según Cruz) que reacomodan cada vez la relación causa/efecto según transcurre el viaje. Tal como sostiene Ricoeur, las acciones implican fines, remiten a motivos “que explican por qué alguien hace o ha hecho algo” y consecuentemente tienen resultados.¹⁶ La cuestión es que el resultado de la acción, más allá de los fines y motivos a los que responda, es contingente; de ahí la importancia de hablar del “acontecimiento del viaje”, todo él sujeto, en la acción y en el resultado, a la *peripeteia*.¹⁷ En el marco del viaje de Cruz, el ejemplo más evidente de la condición eventual de este suceso es el cambio de dirección de Buenos Aires a Córdoba al final del derrotero: Cruz llega al fuerte Melincué, ya muy cerca de Buenos Aires, el 5 de julio de 1806. Allí, el día 6, recibe las primeras noticias de las invasiones inglesas a Buenos Aires. En este punto, toda la empresa de Cruz peligra y decide, para salvarla, dirigirse a Córdoba donde el virrey Sobremonte se encuentra organizando la reconquista de la capital. Esta contingencia subraya la no predicción de un derrotero, la no concordancia, en definitiva, entre principio, medio y fin. El desvío a Córdoba descompone la secuencia sintáctica de la narración, desplaza el orden causal de la trama, y hasta sugiere que la crisis truncará un desenlace de la historia en la angustia de su narrador y la dispersión de los personajes. Estos imponderables que irrumpen en el decurso de un viaje, ausentes en los diarios de expedición científicos y abundantes en el de Cruz, definen la dirección de la marcha y, consecuentemente, el orden de la narración: avanzar o retroceder, superar los obstáculos o fracasar, etc. La respuesta que se dé a estas disyuntivas supondrá la conclusión de la historia. Un diarista cartográfico no presenta jamás este

¹⁶ Paul Ricoeur, *Tiempo y narratividad I*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, pp. 120 y s.

¹⁷ Paul Ricoeur sintetiza esta capacidad de transformación de lo presupuesto afirmando que “el *resultado* de la acción puede ser un cambio de suerte hacia la felicidad o hacia la desgracia”. *Ibid.*, p. 121.

tipo de dilemas, y aquellos sucesos que se presentan en un viaje de exploración y que podrían, eventualmente, convertirse en una historia son escuetamente consignados. Cruz, por el contrario, no sólo explota la carga narrativa de este tipo de acontecimientos, sino que además resuelve cuidadosamente las encrucijadas que su narración presenta, de modo que concluye las historias que su narración abre. Sucede, entonces, que las situaciones de riesgo o pruebas que se presentan en el viaje, y que Cruz destaca, derogan la predicción teleológica puesta por la dirección de ir “de aquí hacia allí”, tal como opera en los diarios dispuestos a cartografiar una zona previamente delimitada. Todo el diario de Cruz está, en efecto, organizado en torno al reconocimiento de una nueva ruta comercial entre Chile y Buenos Aires, carácter cartográfico de la excursión que él recuerda continuamente en su testimonio, pero las expectativas de realización de este proyecto comienzan a funcionar, a través de las diversas situaciones de riesgo que se presentan a la comitiva, como *sus-pense* que hace avanzar la narración hacia lo incierto. Hay un final del viaje previamente fijado, pero los imponderables que se presentan a Cruz, sobre todo cuando la marcha queda supeditada a las decisiones y acciones de los caciques que lo acompañan, falsean continuamente las expectativas de un final.¹⁸ Frente a la descripción, definida por procurar un efecto de simultaneidad a través de la presentación de un referente, la narración implica un desarrollo que es, a su vez, la alusión constante del avance y del riesgo. Un diario descriptivo científicamente apropiado no explota las expectativas de aprehensión de una realidad viajada, en tanto que un diario como el de Cruz “acontece” a cada instante, está continuamente en crisis, abriendo, en esos baches de incertidumbre, nuevas versiones de esa realidad. Es importante mencionar aquí que abrir nue-

¹⁸ Los indios siempre aparecen en los diarios como factores problemáticos. Cuando entran en escena, crecen las situaciones de riesgo narrativo por las continuas conjeturas, motines o traiciones entre diferentes tribus, y entre los indios y españoles o criollos. Toda sintaxis y semántica unitaria de los viajes de expedición se torna, con la aparición directa de los indios, en argumental y posible.

vas versiones de la realidad “en” la realidad resulta imposible en una normativa científica realista o mimética. Ya vimos que los diarios cartográficos sujetos a una fuerte ilusión referencial, promueven, a través de la descripción en presente, la gestación de una “evidencia”. Así, lo que no se presenta de modo cierto e indubitable al conocimiento es error y no puede, consecuentemente, formar parte de la realidad.¹⁹ ¿Cuál es, entonces, el espacio epistemológico adecuado para presentar esta variabilidad de lo observado? En el siglo XVII, Leibniz, con su teoría de los mundos posibles, ratifica esta visión mimética de la realidad al sostener que el mundo real, que es el mundo existente, es el mundo que ha sido actualizado entre infinidad de mundos posibles. Pero también es él quien sugiere que los mundos posibles, en tanto no actualizados, permanecen como mundos “ficcionales”. Así, mostrar diferentes versiones de la realidad comienza a ser competencia de las ficciones literarias en tanto no sean en acto y constituyan, por lo tanto, alternativas —aunque siempre en potencia— al mundo real. En el siglo XVIII, más cerca a la época de escritura del diario de Cruz, con la inserción del concepto de Leibniz en el ámbito de la poética a través de la *Germanistik* de Zurich, y de una poética, en aquella época, muy normativa ligada a una exigencia de mimesis extrema con la *Naturnachahmung* o imitación de la Naturaleza, se inaugura una nueva lógica de la imaginación poética, ya no mera réplica, sino posibilidad ficcional de ser alternativa a lo real. Así, en el siglo XVIII, la existencia de los posibles comienza a encontrar su realización en la literatura: sólo la imaginación puede, en lo que “es”, dar existencia a lo que “no es”.²⁰ Este juego de “lo susceptible de acaecer” es el que Cruz continuamente recupera en la lógica de su viaje.

¹⁹ Esta suposición está claramente expuesta en “Examen crítico”.

²⁰ En referencia a la teoría de los mundos posibles en el siglo XVIII, Lubomir Dolezel sostiene que sólo el poeta puede, a través de la imaginación, “convertir posibles en existentes ficcionales. Gracias a este procedimiento [...] los mundos imaginarios entran a formar parte, junto con el mundo de la realidad, del universo de los mundos existentes”. *Breve historia de poética*, Madrid, Síntesis, 1997, p. 69.

EL DIARISTA: DE LA VISIÓN IMPARCIAL A LA PERCEPCIÓN EMOTIVA

Vimos que en un diario de expedición cartográfico, la anotación de lo que se observa está sujeta a la demanda epistémica de la imparcialidad. En su mayoría, los diarios están escritos en primera persona del singular, pero el diarista resta fuerza desinencial y deíctica a su voz alternando la primera persona del singular con la primera plural o con la forma impersonal “se”: “no pudimos observar”, “se emprendió la marcha”, “se trajo la caballada”, “por la parte septentrional se divisa un campo”, “hallamos a la derecha dos lagunas inmediatas al camino”, etc. Al apuntar los detalles de la geografía que es objeto de observación, el diarista coloca el acento en el enunciado y no en la enunciación a través de verbos como “ser” (“es lugar de leña”) o “haber” (“en dicha laguna de San Lucas hay mucha leña”) en presente del indicativo. En un diario descriptivo, el escenario del viaje es mucho más importante que las emociones y los íntimos avatares del diarista, y es la dirección de la mirada presumiblemente imparcial del sujeto cognosciente al objeto por conocer lo que define la cantidad y calidad de información que el diarista suministra en su escrito. La funcionalidad ideal de un diario de expedición demanda una perspectiva o punto de vista exterior, “objetivo” en sentido kantiano, es decir, la captación por parte del sujeto de un objeto que no reside en el sujeto y que, como es aprehendido “desde fuera”, puede ser equiparable a una “realidad objetiva”. En el plano del discurso, esta situación supone que el enunciador adopta una posición exterior a los acontecimientos que enumera, se distancia deliberadamente de las cosas que ve y de los sucesos que anota. La perspectiva exterior suspende las propias pasiones del diarista y preserva la diferencia entre el observador y lo observado. Se trata, en terminología de la crítica norteamericana, de hacer predominar el *showing* al *telling*, de cristalizar, al decir de Carrizo Rueda, “una ‘imagen’ lo más detallada posible” de lo observado, y de mostrarla.²¹ Mos-

²¹ Sofía Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, Kassel, Edition Reichenberger, 1997, p. 40.

trar, presentar una imagen de la cosa al oyente o lector es, vimos, la funcionalidad retórica de la descripción. Para que esta presentación sea científicamente eficaz en los diarios es necesario generar la ilusión de que no es “yo” quien controla el discurso, sino el referente quien controla a quien lo observa y anota, “decir”, en definitiva, lo más posible y “decirlo” lo menos posible.²² Así, el diarista sólo debe actuar como mediador en un proceso de mimesis (generar la ilusión de una traslación impecable del referente al discurso) que demanda un máximo de información a través de un mínimo de informador.

El problema surge cuando la dirección que sigue la observación imparcial del sujeto cognosciente se invierte. Dice Cruz en su diario: “estos pasos que doy; este verme en campos desconocidos, y tratando con gente que sólo por noticias sabía que habían, es con el motivo que desean mis superiores, obedeciendo a varias reales órdenes”.²³ “Este verme en campos desconocidos” plantea un movimiento en la dirección de la mirada que rige el proceso cognitivo en que participan este tipo de escritos. En el testimonio de Cruz, el sujeto deviene objeto: ya no se trata solamente de observar el entorno sino de “verse” en ese entorno, verse a sí mismo en el escenario del viaje, verse “fuera” desde “dentro”, verse en la doble posición de ser tanto sujeto como objeto para sí. En este punto se abre un resquicio para la intromisión en el discurso del diario cartográfico de lo que, hasta este momento, había sido rigurosamente rechazado: considerar al sujeto cognosciente como alguien que no sólo observa para conocer, sino que además, al conocer, significa. Se suspende la *epoché* con la consecuencia epistemológica inmediata de permitir que lo relativo comience a operar en el proceso cognosciente: la visión deja de ser imparcial y empieza a estar matizada por valores y juicios variables propios del sujeto y que funcionan como a priori en esta manera ya no objetiva sino específica de ver las cosas y de presentarlas. Cambia el paradigma

²² Véase Gérard Genette, *Figuras III*, Barcelona, Lumen, 1989, p. 224.

²³ Cruz en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, p. 124.

científico y poético en el diario de Cruz, porque la ilusión de mimesis o ilusión referencial que debería operar en su escrito comienza a desplazar el acento desde la referencia hacia la fuerza ficcional de la palabra “ilusión”.²⁴

Este relativismo se traduce, en el discurso, en la adopción de una posición interna a los acontecimientos que se enuncian desde una doble funcionalidad: el diarista no sólo comprueba la realidad del entorno a través de la descripción, sino que comienza también a contar lo que sucede en el viaje a través de una narración que lo tiene como narrador y como personaje. El uso de la primera persona del singular en el diario de Cruz no se encubre detrás de la primera persona plural o de la forma impersonal para transparentar la fuerza organizativa deíctica de la primera persona y acentuar así la ilusión referencial; por el contrario, él se instituye en sujeto del plano de la enunciación y del enunciado; es decir, produce el discurso y protagoniza también los acontecimientos que enuncia.

Como personaje, Cruz, en convivencia con los indios, se constituye en uno de los núcleos dinamizadores y determinantes del proceso sintáctico y semántico que conforma la historia que cuenta como narrador. En un diario cartográfico, los actores no llegan a ser unidades semánticas completas porque no hay una historia narrable. Para que exista una historia es necesario poder percibir de manera conjunta una serie de acontecimientos que se presentan como sucesivos y, para ello, tiene que existir una voz que les otorgue coherencia y cohesión. Se torna necesario, entonces, un mediador que “trame” lo que sucede en una historia, “significar” las vicisitudes del viaje más allá de su ocurrencia singular. Un diario cartográfico se presenta como una enumeración de sucesos en serie o, mejor, de visiones seriadas; por el contrario, en un diario de corte na-

²⁴ “La ficción no se refiere a la realidad de un modo reproductivo, como si ésta fuera algo dado previamente, sino que hace referencia a ella misma de un modo productivo, es decir, la establece”. Ricoeur, *Historia y narratividad...*, p. 142.

rrativo como es el de Luis de la Cruz, el acontecimiento del viaje, con todos sus pormenores, se entrelaza en una totalidad intelible. Construir una trama supone obtener de la simple sucesión la configuración, y quien trama, ya no en un enunciado sino en una narración, es el diarista.

Como narrador, Cruz comienza a seleccionar y a organizar los elementos que participan en la conformación narrativa de su escrito. A diferencia del discurso fuertemente referencial, que funciona a través de la ilusoria transferencia del contexto extralingüístico al plano del discurso, en el diario de Cruz opera el doble juego de selección paradigmática y combinación sintagmática inherente a la función poética, que permite conferir una dirección a la historia que narra y establecer los valores semánticos que operan en la historia que cuenta. Seleccionar y configurar, conformar una síntesis de lo diverso, es la tarea que acomete el diarista-narrador para poder transformar las peripecias en historia.

Lo interesante de destacar en esta doble función del diarista es el pasaje de un principio poético y epistémico fuertemente mimético, a la manifestación de una percepción no sólo objetiva, sino, y sobre todo, emotiva. El diarista comienza a vivir, según sostiene Aristóteles en *Poética*, “el cambio de un estado de cosas a su opuesto”.²⁵ Al ser tanto narrador como personaje de su historia, y en tanto Cruz avanza en su marcha a Buenos Aires, la descripción del terreno retrocede frente a las eventualidades del viaje y la episteme imparcial se pierde cada vez más en el estado de ánimo del diarista.²⁶ Hacia el final del derrotero, el ánimo de Cruz gana espacio en su relato: comienza a manifestar su exasperación ante los enrevesados protocolos de los indios, se siente

²⁵ Aristóteles, *Poética*, Buenos Aires, Leviatán, 1984, p. 22, 1452a.

²⁶ En los siglos XIX y XX, el viaje pragmático propio del empirismo lockeano se convertirá en un derrotero interior, en un *inward travel*, fuertemente subjetivado: “beginning with romanticism, there occurred a shift in emphasis away from an objectively knowable world of persons and places to the interior space of the traveler”. Jean-Charles Seigneuret [ed.], *Dictionary of literary themes and motifs*, Connecticut, Greenwood Press, 1988, p. 1316.

absolutamente abatido ante la probable imposibilidad de volver a Concepción como consecuencia de las invasiones inglesas a Buenos Aires, incluso llora al despedirse de los caciques pehuenches que lo han acompañado en su viaje. Frente a la visión imparcial, el *mood* del diarista libera la sujeción epistémica a una referencia descriptiva y propone una nueva experiencia cognitiva ligada a lo emotivo y, consecuentemente, a lo variable, experiencia que, veremos, señala un giro desde el realismo científico al idealismo.

La suposición de que el conocimiento se define por su relación con un dato externo al sujeto que conoce y que es, en consecuencia, independiente de cómo puede ser la reproducción de dicho dato, ha constituido el paradigma científico en el pensamiento occidental desde la antigüedad. Esta consideración mimética del saber, que siempre relega al sujeto que conoce frente a la realidad a conocer, se extiende hasta finales del siglo XVIII, momento en que la crítica kantiana (deudora a su vez del psicologismo y escepticismo de Hume) y postkantiana comienzan a desplazar esta condición imitativa del saber hacia los componentes creativos, constructivos y probables que intervienen en todo proceso gnoseológico. Este desplazamiento, que supone una crisis o debilitamiento del concepto de imitación en la relación del hombre con las cosas que aprehende, señala a la filosofía idealista alemana y, consecuentemente, a la doctrina romántica que siempre comienza sus reflexiones gnoseológicas (y metafísicas, y estéticas) con el sujeto. El idealismo sostiene que el conocimiento de una realidad evidente depende de que esté contenida en el sujeto, es decir, el ser de las cosas está determinado por el sujeto. Y esta es, sin duda, la mayor o menor claridad del espejo que refiere Cruz en su defensa y que citamos al comienzo de este trabajo: el mundo que se observa fuera ya no es “objetivo” sino que es un mundo “representado”; la realidad, dice Cruz, ya no es cognoscible mediante una percepción inmediata e imparcial sino mediante una actividad representante, mediatizada, en suma, “creativa”. Así, la experiencia cognitiva deja de ser sólo constativa y asertiva de una realidad preexistente “fuera”, es decir, deja de ser sólo un hecho describable para con-

vertirse en un acontecimiento narrable, en un proceso sucesivo pero también alterable. Llegar a conocer, como receptores, el pasaje de la confianza en su viaje al desasosiego en Cruz es el mejor ejemplo de esta intromisión narrativa, por ende conflictiva y contingente, en la función científica de los diarios.

EL DIÁLOGO Y LA VERDAD MUDABLE

La función epistemológica y retórica de la descripción, dijimos, es generar una realidad cierta e indubitable de presencia directa e inmediata a un sujeto. Frente a la narración, que señala lo verbal, lo dinámico, lo sucesivo y lo contingente, la descripción refiere lo nominal, lo estático, lo simultáneo, lo evidente.²⁷ La retórica de la descripción demanda un máximo de información a través de un mínimo de informador, única fórmula para reforzar la ilusión de mimesis que el diario epistemológicamente correcto demanda. En el testimonio de Luis de la Cruz, sin embargo, la posibilidad discursiva que instala la consideración de sí mismo como sujeto y objeto sugiere una alteración en la regulación de la información: el diario de Cruz ofrece un máximo de informador y un mínimo de información, trasladando así el discurso del diario desde una función mimética a una diegética.²⁸ Vimos que esta inversión aparece cuando Cruz cuestiona, al cambiar discursivamente la perspectiva de ser sujeto para sí a ser objeto, el paradigma científico de imparcialidad. Hay, no obstante, otro recurso en el testimonio de Cruz que apuntala este cambio y que ha sido absolutamente desplazado en los diarios cartográficos estrictos: la inclusión en el discurso de enunciados a cargo de los indios

²⁷ Véase Gérard Genette, “Fronteras del relato”, en Roland Barthes *et al.*, *Análisis estructural del relato*, México, Ediciones Coyoacán, 2002, pp. 204 y ss.

²⁸ Hasta tal punto es así que Cruz se ve obligado, para ejecutar las instrucciones de su viaje, a anexar a su diario una descripción donde, en definitiva, cumple con lo comisionado (véase “Instrucciones” en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, pp. 5-7).

bajo la forma de diálogos transpuestos en estilo directo o indirecto. Cuando Cruz decide abrir un resquicio en su discurso para “transponer” las voces de los indios, rápidamente retrocede a un plano secundario la exigencia retórica y epistémica de la descripción y, en contraparte, se acentúa la potencia narrativa de su enunciación al integrar otras voces. La transposición dialógica en estilo directo o indirecto acentúa, según una oposición clásica establecida por Platón en el libro III de *República*, la condición mimética (de orden dramático) del discurso, frente al “relato puro” o “diéresis”, pero en el diario de Cruz tiene lugar en un orden diferente de mimesis, más cercano al aristotélico que al platónico, porque ya no refiere la acentuación de un efecto de realidad, sino la capacidad ficcional, “poietica”, de la mimesis.²⁹ La doble condición de ser tanto sujeto como objeto para sí que asume Cruz soporta la conformación de una trama narrativa que restringe la fuerza “imitativa” de la mimesis para afianzar su potencial literario.³⁰ Veamos, entonces, por qué Cruz decide mezclar en su relato la narración con diálogos directos y transpuestos, y qué consecuencias tiene en la correcta episteme de los diarios la inserción en el enunciado de una forma dinámica y directa como es el diálogo.

Diálogo significa, literalmente, conversación entre dos. El diálogo es, en la base, una forma de relación entre dos o más personas. Lo interesante, para intentar responder a los interrogantes planteados, es atender cómo se da esta relación. Para comenzar, la relación no es fija sino variable, ya que responde a funciones intercambiables de emisor y receptor. Además, el diálogo propone una sucesión temporal, ya que se define por ser una “cadena de intervenciones lingüísticas organizada en

²⁹ Dolezel sostiene que “la mimesis aristotélica es una función de la productividad artística, un procedimiento de la *poiesis*”. Dolezel, *op. cit.*, p. 60.

³⁰ Dice Genette: “La representación literaria, la *mimesis* de los antiguos no es pues el relato más los ‘discursos’: es el relato y sólo el relato. Platón oponía *mimesis* a *diégesis* como una imitación perfecta a una imitación imperfecta; pero la imitación perfecta no es una imitación, es la cosa misma y finalmente la única imitación es imperfecta. *Mimesis* es *diégesis*”. Genette, *op. cit.*, pp. 204 y ss.

progresivo presente”.³¹ Las intervenciones son organizadas porque el diálogo supone un acuerdo entre los interlocutores al tratar un tema común y de acuerdo a un “proceso semióticamente progresivo... que se dirige hacia la unidad de sentido en la que convergen todas las intervenciones”.³² Así, en la sucesión temporal, los interlocutores construyen un discurso único que no admite a priori, ya que “se va construyendo entre los interlocutores de modo que la intervención de cada uno avanza con todas las intervenciones anteriores, asumidas o rechazadas”.³³ En resumen, el diálogo soporta “la concurrencia de varios sujetos, la alternancia en igualdad para los turnos de intervención y la progresión en unidad para la creación de sentido”.³⁴ La inserción de diálogos en el discurso del diario refiere, entonces, la igualdad en la variedad y la unidad en la sucesión.

Ahora bien, la doble función narrativa que cumple Luis de la Cruz en su testimonio de ser tanto sujeto como objeto, invita a una doble consideración del diálogo. Como narrador, Cruz “refiere” los diálogos que él mantiene con los indios o que los indios mantienen entre sí en estilo indirecto a través de una serie de fórmulas introductorias (verbos *dicendi*, “le pregunté”, “contestó”, “repliqué”, “le insté”, “manifesté”, “confesaron”, etc.), y en estilo directo, convirtiendo su escrito en un discurso transpuesto, transmitido, donde los diálogos se ajustan al mundo representado por el narrador. En el caso de Cruz, la función testimonial de los diarios de expedición ineludiblemente liga al narrador con el autor real del escrito según una demanda autobiográfica, y esto supone que el mundo representado por el narrador es, en principio, el mundo “real” del autor. La exigencia de mimesis es aquí extrema. Sin embargo, como personaje, Cruz ingresa necesariamente en un orden diferente, “representado”: como autor-narrador, él no puede hablar directamente en su discurso porque las ac-

³¹ María del Carmen Bobes Naves, *El diálogo*, Madrid, Gredos, 1992, p. 7.

³² *Ibid.*, p. 41.

³³ *Ibid.*, p. 44.

³⁴ *Ibid.*, p. 62. Las cursivas son mías.

ciones, y entre todas, el acto de hablar directamente en el relato sólo es posible para los personajes. Como narrador, entonces, Cruz debe necesariamente desdoblarse en personaje para actuar en lo narrado, y este no admitir que el narrador funcione como personaje ni que el personaje lo haga como narrador son exigencias de una composición no científica, sino literaria, son, en definitiva, exigencias no de lo veraz sino de lo verosímil. El referente deja así de ser la razón suficiente del discurso y el diario de Cruz es reconducido hacia una formalidad intrínseca, hacia su “literariedad”.

Desde una perspectiva indirecta, Cruz utiliza los diálogos con carácter testimonial y muy sujeto al orden discursivo de los diarios cartográficos. Aunque el diálogo referido está, evidentemente, controlado por el narrador, el imperativo objetivo que rige la epistemología de los diarios promueve su funcionalidad icónica que restituye el orden de la mimesis definido por un máximo de información y un mínimo de informador. Así, los diálogos transpuestos por Cruz no están, en apariencia, subordinados a la narración que él construye, sino que sólo aparecen como referidos. Paradójicamente, la función de narrador apuntala el carácter testimonial de los diálogos y promueve la ilusión de realidad del relato, ilusión que requiere del desvanecimiento de la voz narrativa como eje organizativo y significativo del diario.

Desde una perspectiva directa, la aparición de diálogos en el diario de Cruz respalda la construcción de una serie de personajes que, con voz directa y rasgo propio, operan como unidades fundamentales en la conformación de la sintaxis narrativa. El diálogo aparece así como un elemento con funciones específicas en la construcción de la historia que Cruz narra: poéticamente sustenta, como vimos, ya no la comprobación individual de un referente extratextual, sino la configuración progresiva, variable y conjunta de una historia representada; epistemológicamente, revoca un orden de conocimiento y realidad imparcial, jerárquico y fijo en favor de un orden dialéctico que altera de manera radical el valor de verdad de los diarios científicamente correctos. Veámos esto con detalle.

Sabemos que, desde los primeros testimonios escritos en América, la identidad de lo descubierto se define por oposición, por diferenciación o “desemejanza” con el “*sí mismo* europeo conocido”.³⁵ Identidad y alteridad conforman, desde el primer momento, una serie de parejas referentes a determinados valores confrontados. En los primeros testimonios sobre la Patagonia (por ejemplo, los testimonios ya citados de Antonio Pigafetta y Ginés de Mafra, o *Relación y derrotero del viaje y descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes*, de Pedro Sarmiento de Gamboa) ya destaca este enfrentamiento entre la “ipseidad” europea y la alteridad americana a través, por ejemplo, de la individuación de los expedicionarios españoles por medio del registro de nombres propios, cargos y hazañas realizadas, frente a una apreciación genérica de los indios. Esta consideración “actancial” de “los indios” se mantiene a lo largo de la mayoría de los diarios de expedición a la Patagonia apuntados en los siglos XVII y XVIII, derogando así la presencia de rasgos distintivos, consideración que tornaría forzosamente relativa una apreciación en masa de los indígenas y de su universo, y facilitando, en enorme medida, el afianzamiento de determinados valores antagónicos que legitiman las campañas expedicionarias y los intentos reduccionistas por parte de los españoles primero, y de los criollos después.³⁶ Cristianismo, razón o civilización frente a gentilidad, salvajismo o barbarie son, probablemente, los valores axiales de esta antinomia.

En los diarios cartográficos, los indios no tienen relación con la palabra: la ausencia de carácter individual señala una ausencia de voz.

³⁵ Fernando Ainsa, *De la edad de oro a El Dorado*, México, FCE, 1992, p. 53.

³⁶ Es necesario apuntar aquí que esta consideración genérica de los aborígenes puede deberse, en algunos casos como ocurre, por ejemplo, con el testimonio de Thomas Falkner “Descripción de Patagonia, y de las partes adyacentes”, a un interés etnográfico. La etnografía tiene como objeto de estudio las razas o pueblos y su epistemología positiva exige, necesariamente, una consideración genérica de este objeto. El testimonio de Falkner se encuentra en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I.

La epistemología de los diarios demanda la traslación impecable de lo observado de manera imparcial, y aunque estas observaciones están fundamentalmente sujetas al conocimiento topográfico de los baqueanos, en su enorme mayoría indios, la poética de estos escritos exige no sustentar en este tipo de apreciaciones la noticia expuesta. Cruz rompe con esta premisa porque expresamente detalla en su escrito la autoría de las noticias recibidas de la topografía que recorre, por ejemplo, funda la fiabilidad de su conocimiento del origen del río Colorado en “estar bien acreditada por muchos indios testigos oculares, en especial por la partida de los 11 que encontré en el lugar de Puelec, y entre ellos la cautiva Petronila Pérez”.³⁷ Esta transgresión es castigada por la comisión consular de Buenos Aires, quienes desdeñan, en el “Examen crítico”, los conocimientos topográficos ofrecidos en el diario de Cruz por estar sustentados en “cuentos de indios”.³⁸

El paso de una consideración actancial, meramente funcional de los indios, hacia una unidad semántica completa y compleja como es un personaje afecta a toda la estructura poética y epistemológica del diario. Los caciques Manquel y Carrripilun son, en el diario de Cruz, unidades fundamentales y distintivas en la sintaxis del relato porque, con su acción y su palabra, contribuyen activamente a la configuración de la historia que se narra. Luis de la Cruz detalla, por ejemplo, los largos parlamentos entre caciques, que en general sólo exponen un juego de versiones y contraversiones sobre un asunto bajo el esquema “yo le dije, él me dijo”, y también los parlamentos que él ha mantenido con ellos y con otros personajes de la historia, y lo hace de manera tan minuciosa que estas argumentaciones distraen absolutamente el objetivo científico del viaje. En esta abundancia de discursos referidos Cruz respeta, en la base, la ortodoxia de valores distribuidos entre indios y cristianos (incluso a través de un acentuado paternalismo) pero, al mismo tiempo,

³⁷ *Ibid.*, vol. vi, p. 12.

³⁸ *Ibid.*, p. 17.

funciona como una estrategia para establecer importantes relativizaciones al sugerir que existen “ciertos indios” y “ciertos españoles”³⁹ que tornan los valores intercambiables y proponen una verdad mudable. En diálogos sostenidos por Cruz con algunos indios y caciques hay un auténtico intercambio de puntos de vista sobre un mismo asunto, y este intercambio llega, incluso, a escapar del ámbito de la palabra hacia el de las costumbres. Esta apertura que promueve la continua reconsideración del objeto como sujeto propio del diálogo introduce el problema ontológico de ser-con-otro, problema mayormente ausente en estos viajes expedicionarios en el siglo XVIII.⁴⁰ Al citar los parlamentos entre los caciques, o al ponerse en relación de diálogo con los indios, Cruz promueve un intercambio de conocimiento entre sujetos que, en orden de igualdad comunicativa, progresan en concordancia y coherencia hacia la conformación de un sentido que sigue los carriles del acontecimiento del viaje. El orden vectorial y sincrónico de “lo que se ve” se transfiere, mediante el diálogo, al orden diacrónico, horizontal y variable de “lo que viajamos”. La puesta en juego de diferentes versiones sostenidas por diferentes voces distinguibles en el diálogo se traduce en una variación dialéctica continua del sistema de valores y del sentido de verdad que el diario comporta.

La inserción de diálogos que Cruz mantiene con los indios en una narración que él organiza es una estrategia narrativa para simular como personaje lo que no puede afirmar como narrador, es una guíño que le permite reconducir la epistemología y poética estricta del diario cartográfico a un orden nuevo, variable, propio del acontecimiento del viaje. Al referir como narrador lo que habla de igual a igual con otros personajes, la ilusión de mimesis ya no se sostiene únicamente en un orden de

³⁹ Por ejemplo, Cruz en de Ángelis, *op. cit.*, vol. I, pp. 146, 163, 189, 199.

⁴⁰ A excepción hecha de los testimonios apuntados por expedicionarios religiosos, como la ya mencionada descripción de Falkner, o el “Diario de un viaje a la costa de la mar magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga por el P. Pedro Lozano”. En de Ángelis, *op. cit.*, vol. I.

verdad “real”, sino que lo hace también en un orden de lo posible muy próximo a la ficción literaria. Hay en el diario de Luis de la Cruz una fuerte sujeción a la empiría científica (objetiva-testimonial), pero también es indudable que, a través de índices propios del discurso literario como son la condición narrativa del acontecimiento del viaje, la doble función de narrador y personaje del diarista, y la transcripción de diálogos en el escrito, opera una reconsideración o resignificación de lo real, del acto de conocer y de quien conoce. El diario ha pasado, a través de estos tres factores, de la aprehensión y transmisión imparcial y objetiva de un referente topográfico real, a la construcción conjunta y dialéctica ya no de una geografía, sino de una situación híbrida compleja, de un universo no sólo de “cosas” sino también de “hechos”, y en especial, de hechos humanos. El diario de Luis de la Cruz no es cumplidamente literario porque no suspende las exigencias del discurso de orden científico descriptivo, pero tampoco funciona como fuente de conocimiento porque fluctúa continuamente entre la denotación y el sentido. A caballo entre una episteme y otra, entre una poética y otra, el diario de Luis de la Cruz “fracasa” en su objetivo científico (no opera como conocimiento fiable) porque mezcla lo dogmático con lo dialéctico, lo veraz con lo hipotético, lo real con lo posible.